

Buda y su glorioso mundo

Unas palabras al lector de idioma castellano. Este libro es la traducción al castellano de la obra literaria que he escrito en lengua italiana y que el editor Rusconi está publicando en Italia ahora mismo. La traducción al español se ha hecho de la manera siguiente: el señor Manuel Arboií ha tenido la gentileza (y la capacidad) de efectuar una primera traducción; yo, en cuanto autor, he trabajado mucho sobre ella. Los resultados los juzgará el lector.

El budismo es difícil. Es muy complejo y representa un mundo mental totalmente distinto del nuestro. He hecho todo lo posible para que se lo comprenda. El editor italiano se complace en afirmar que es como si yo tomara por la mano al lector —un lector en casi completo ayuno frente al budismo— y con suma cautela lo guiara por caminos ásperos. Ojalá así sea de veras y, juntos, el lector y yo logremos llegar a alguna parte.

Desde luego no me he propuesto convencer a nadie: no tengo ánimo de misionero. Sólo quisiera que al terminar de leer este libro el lector no fuese lo mismo que cuando empezó a leerlo. Repito y subrayo que no pretendo) convertirlo: máxime si se trata de religión, las conversiones son casi siempre absurdas y además peligrosas. Pero me consideraría bien pagado si, por haber leído con la debida atención estas páginas, alguien finalmente percibiese en torno suyo, y dentro de sí, la posibilidad de una Realidad distinta. Nada más.

Al budismo no se le entiende nunca completamente, pero para quien no haya nacido en su seno, el budismo puede —y debería— representar una inmensa revolución mental. En lo personal estudio el budismo desde hace unos veinte años y sinceramente sé de él mucho más de lo que de alguna forma relato en este libro; sin embargo no hay día en que yo no descubra «otro» aspecto del budismo. Es una revolución mental, o anímica si se prefiere permanente. Es un conocimiento “en progreso”.

No excluyo que en el curso de la lectura se noten no pocas reiteraciones. De ser así, dígase el lector que casi siempre lo repetido es intencional. Se trata de fijar en mentes ajenas varios conceptos básicos, y mi experiencia de los métodos de enseñanza que son tradicionales en muchos países del Oriente me sugiere que en ocasiones nada es mejor que repetir, repetir, repetir. Es repitiendo diez o cien veces el mismo concepto como se logra, en quienes escuchan, la famosa «*mutatio mentis*» de la que se habla en el curso de estas páginas: el cambio mental, y por supuesto también espiritual y moral, que el budismo es en sí.

México, diciembre de 1989.

Carlo Coccioli

Nota a la edición italiana (fragmento)

No es éste, o al menos confío en que no lo sea, un simple y vulgar refrito extraído de otros libros sobre Buda; sino un mensaje vivo, estremecido, escrupuloso, amoroso, nuevo en la medida de lo posible y concebido en lenguaje moderno; ligado lo suficiente, además, e incluso por el lado íntimo, al hombre vivo que lo ha escrito: yo mismo.

Verá el lector que en primer lugar se trata de un esfuerzo por poner en orden una materia infinitamente compleja, y no rara vez confusa, enrevesada. Porque a Buda, al Buda histórico, no se le puede comprender si se le aísla del contexto filosófico, religioso, cultural, antropológico, social de su tiempo en el gran marco del hinduismo; el cual contexto, lo mismo que su encuadre, no puede ser comprendido si no se capta la diferencia de naturaleza, o de nivel, que existe entre la relación hombre-Dios propia de Occidente y la relación hombre-Deidad —es más correcto decirlo así— de Asia, y especialmente de la India.

Luego verá el lector que este libro quiere revelar los innumerables elementos que hacen de Buda, sublime personaje de cerca de seis siglos antes de Jesucristo, una voz increíblemente próxima a los oídos y la mente de los hombres de nuestro siglo, los que sabemos de Freud, Einstein, Bohm, Hawking, la gran cohorte de la Ciencia contemporánea. Ésta, en particular la física post-Einstein, llega a una visión global del Universo —la Materia, la relatividad, el llamado Espíritu, la concebible unidad del Todo o, por qué no, su inexistencia...— que roza de manera trastornadora las antiguas concepciones del hinduismo en general, de cuyo venerable frondoso tronco el budismo naciera. El budismo no teme los fabulosos progresos actuales de la Ciencia; jamás ha quemado vivo a ningún Giordano Bruno ni ha puesto de rodillas a un Galileo Galilei.

Lo primero que se debe comprender del y por el budismo es que éste es tolerancia pues es benevolencia universal y es compasión. La compasión —hacia todos los seres vivientes y *sintientes*— es más importante que cualquier discusión de orden metafísico acerca de Dios o de lo divino.

Desde el punto de vista de la redacción en sí de este libro, me he encontrado una vez más cara a cara con el eterno problema de la terminología, o mejor dicho de la grafía de los nombres, dado que, amén de la comprensible dificultad que inevitablemente presenta la transcripción en caracteres latinos de las lenguas orientales, ocurre que, tratándose de textos lúdicos o budistas, el sánscrito compite con el pali y a veces con el ardhmagadhi. Encontramos formas diversas incluso de las palabras más fundamentales y frecuentes, comenzando por el nombre personal y familiar del Buda histórico (de quien aquí nos ocupamos), que puede ser Siddhartha o Siddhattha, Cautama o Gotama o Gotamo...; y siguiendo con el nombre del famoso y misterioso Nirvana, que en los textos en pali es llamado Nibbana, menos agradable a mi gusto; ¿y qué decir de las miles de haches que salpican el conjunto, y de los signos que se colocan encima o debajo de las consonantes y de las vocales para precisar su sonido? Todo un temible mundo de tecnicismos que desalientan la buena voluntad más intrépida. De lo cual, francamente, he decidido preocuparme poco, lo mínimo posible, en este libro, con el fin de no hastiar al lector y no rematarme a mi mismo.

Entre las diversas formas, por ende, he escogido de acuerdo con el buen sentido; casi siempre he adoptado las grafías menos antipáticas a la sensibilidad visual y auditiva de quienes hablamos lenguas romances; y he eliminado haches a pasto.

No raras veces he cedido a mi gusto personal, o incluso al capricho, así que podría haber ocurrido que, por distracción o despreocupación o ignorancia, haya usado formas distintas respecto de un mismo nombre. A menudo he adoptado, en lo que concierne a los nombres propios, las forma que terminan en «o» tan amadas por, entre otros, el ilustre traductor del pali al italiano Vincenzo Lamo: por ejemplo, Bimbisaro, Rahulo, Dhammiko, Asilo..., y basta Buddho. Sea por Dios. De joven me devanaba los sesos por transcribir correctamente en caracteres latinos las lenguas semíticas que en aquella época me apasionaban. Hoy estoy convencido de que hubiera podido ofrecer mis sesos a empresas más útiles.

C.C.

SÓLO UN PROYECTO DE LIBRO...

Éste no es un libro hecho con una computadora: es un libro hecho con mi mente y con mis manos. Dada la inmensa y compleja materia que lo constituye, es pues un libro tan lejano de la perfección como lo es la vida de hombre.

Testimonia dudas, perplejidades, faltas o lagunas del saber. Adolece de ambigüedades y de aproximaciones. Ni siquiera goza de uniformidad en la terminología (en las mayúsculas). Es un libro humano con todas las deficiencias, las insuficiencias, las negligencias de lo humano. El autor lo sabe. Ha escrito este libro sin ayudas mecánicas. Hasta la forma de este libro, es decir, su texto, cree el autor que se halla lejos de poder llamarse satisfactoria. Es un libro artesanal. Al leer y corregir por última vez las pruebas de imprenta, ha habido momentos en que el autor se vio tentado de echarlo todo a la basura.

Pero no: el autor se ha dicho, o mejor repetido, que la característica del Budismo es no-ser porque siempre esta-siendo: un flujo interminable de devenir. De modo que es lógico que en cierta medida le suceda lo mismo a este libro. Mas que un libro, sucede que éste es un proyecto de libro. Es un libro «en progreso»: un devenir de libro. Si al autor se le otorga vida suficiente, es probable que dentro diez o doce años, luego de versiones y ediciones sucesivas, este libro resulte ser otra cosa: otro libro. ¿Qué importa, pues, si una vez se lee «Nirvana», con mayúscula, y otra vez se lee «nirvana», con minúscula, o algo por el estilo? Una computadora hubiera eliminado éstas y las demás miles de incorrecciones. Pero yo soy sólo un hombre. ¿Y además son de veras incorrecciones?

No soy sino un hombre y, como dicen los árabes, no más Dios es perfecto.
(Pero sin duda un budista objetaría que ni siquiera un dios es perfecto...)

(1989)

«Todo este mundo es irreal».
Sutta Nipatta.

Tres palabras de la lengua pali resumen el pensamiento y el sentir del budismo. Son: anicca, dukkha, anatta. No vamos a abundar en palabras exóticas en el transcurso de este libro, pero estos tres vocablos sí merecen ser aprendidos de memoria.

La lengua pali es un idioma antiguo de la India, muy próximo al sánscrito, y es hablada (aún en nuestros días) por budistas del sur.

«Anicca» significa que nada dura, que todo es *impermanente* y que cuando se dice «ser» sería mucho más correcto decir «devenir». Todo se mueve, es un fluir. Es lo que afirma la Ciencia contemporánea, la física post-einsteiniana (e incluso quizá la de un poco antes de Einstein). El átomo, que era tenido por el ladrillo de la materia, no es átomo, que quiere decir indivisible, y no es materia. No lo es porque, a fin de cuentas, la Materia no existe. Es sólo un modo de ser del Espacio, del que, por lo demás, sería lógico preguntarse si «existe» de verdad; o si no existe tampoco él. Por otro lado, ¿qué es «existir»?

«Dukkha» significa que todas las cosas están enfermas, sufren, son incompletas, son imperfectas, están «ligadas a lo no amado y separadas de lo amado».

«Anatta» no es una palabra que se pueda entender fácilmente, pues se presta a equívocos y ha provocado (y sigue provocando) discusiones innumerables. Interpretada textualmente podría querer decir que no existe el alma. Alma en lengua pali se dice «atta», y en «anatta» es visible la «a» privativa. Pero el concepto no es tan sencillo como tal vez parezca. Lo veremos en el transcurso de este libro.

Escribir este libro no me será fácil; resulta incómodo, por principio de cuentas, escribir una vida de Buda. Y no es que falten documentos: ¡abundan! Sólo que una vida de Buda debería interesar principalmente a los budistas, y no parece que los budistas, al menos los auténticos (pero ¿qué es un budista «auténtico»?), se interesen mucho por la vida de Buda.

«Si me encuentro por la calle a Buda, ¿qué hago?» preguntó un discípulo a su guru (o maestro).

«¡Mátalo! », fue la respuesta.

Lo que no anima a nadie evidentemente a escribir la vida de Buda. Pero conviene apresurarse a decir que los budistas—zen, quienes son parte de uno de los tantos budismos que existen y prosperan, ofrecen de inmediato una explicación casi tranquilizante del «mátalo» decretado por el maestro. Explican que si un budista se encuentra a Buda por la calle, o en cualquier otro lugar, ello significa que hay solución de continuidad entre él y Buda; la unidad de ese budista es, por lo tanto, defectuosa.

Si no lo fuera, aquel budista y Buda serían uno, de modo que el budista ya no vería a Buda, no lo encontraría ni por la calle ni en ningún otro lugar.

El budismo está hecho de finuras mentales y paradojas. ¿Quién es o qué cosa es Buda? La palabra «Buda» viene de un verbo sánscrito (y pali) que significa «despertarse». Buda es el Despertado por excelencia.

Y es que, quien más y quien menos, todos dormimos. ¿No dice Shakespeare en uno de sus dramas algo así como que «es preciso mover el piso bajo el sueño de esos dormilones»? La condición humana es soñar.

¿Quién es o qué cosa es Buda? (y nos referimos directamente al Buda histórico del que se hablará aquí: lo preciso porque ha habido otros antes de él). ¿Es quizá Dios, o un dios? En modo alguno. Un día que estaba bajo un árbol —pasó casi toda su larga vida bajo los árboles— se le acercó un brahmán de nombre Drona. Los brahmanes eran (y son) los miembros de la más alta de las castas hindúes.

«¿Eres un Deva (un ser divino?)» preguntó Drona a Buda.

«No lo soy», contestó Buda.

«¿Eres un gandharva?», preguntó entonces el brahmán (aludiendo a otros seres no humanos).

«No lo soy.»

«¿Eres un yaksha?»

«No lo soy.»

«¿Entonces eres un hombre?»

«No soy un hombre», dijo Buda.

Y le dijo que era un buda...

¿Pero se puede ser budista sin creer en los budas, ni en Buda.

A veces, por lo contrario, acosado por tanta pregunta Buda se quedaba callado. Es lo que se suele llamar: el Noble Silencio.

«Venerable Gotama, ¿existe el alma?», le preguntó un día un místico errante llamado Vacchagotta.

Los textos afirman que Buda se quedó callado.

«Entonces, venerable Gotama, no existe el alma», creyó correcto concluir el errante.

Los textos dicen que Buda permaneció silencioso.

Vacchagotta se levantó y, probablemente muy «enchilado» —perdóneseme la palabra vulgar: prometo que será la única de todo el libro— se fue a otro lado.

Al escribir estas líneas, bastante perplejo todavía sobre el modo de afrontar una «vida» de Buda, giro a menudo la cabeza hacia mi izquierda para mirar, más allá de los vidrios lamentablemente opacos de los ventanales, mi pequeño jardín mexicano de altas barreras grises: las bardas que he hecho levantar para «defenderme» de lo exterior. Veo algún árbol de verdísimas hojas, pero sobre todo veo a los pájaros. Son de siete u ocho especies diversas y todo el día vienen a alimentarse (¿serán cien, doscientos?) de la comida que incesantemente renovamos. Si yo fuera un buen budista no me conmovría ante tal espectáculo —el budismo rechaza las emociones— al cual se añade la increíble presencia de los colibríes. Por desgracia no soy un buen budista y me conmuevo. No puedo afirmar que sea el budismo lo que me impulsa a alimentar a estos animales, pero el budismo es también,

y sobre todo, esto: compasión, si bien ajena a la sensiblería. Tal vez un budista no sepa definir con desenvoltura el alma —dirá que es un complejo de elementos— pero no tiene dudas acerca de la compasión. Si el alma «existe», estos pájaros de mi jardín tienen un alma lo mismo que yo (quizá menos evolucionada, y cautiva de un cuerpo físico menos favorecido por la naturaleza); pero los budistas de algo si están seguros: de que, exactamente como yo, los pájaros que yo ahora veo han nacido sufriendo, viven sufriendo, morirán sufriendo. El llamado mundo espacio-temporal, aquel en el que nos encontramos, puede incluso no existir; puede ser sólo una ilusión; pero es absolutamente innegable que en él todos sufrimos. Por lo que la compasión hacia los demás, hacia todos los demás, desde los insectos hasta los elefantes, desde Einstein hasta Fiorino, mi perro amado y muerto, no es únicamente una exigencia del corazón, sino también una ineluctable ley de la lógica: inos encontrarnos todos en el mismo infierno!

Sin embargo quisiera comenzar este libro de acuerdo con un esquema más racional: con un dejo de coherencia.

Al despertarme por la mañana (o, más exactamente, cuando me despierto en el sentido trivial de la palabra, que no es el verdadero), vienen a mis labios palabras:

«Te doy las gracias porque me he despertado vivo; por la tranquilidad de esta alcoba; por el silencio que envuelve esta casa; porque me siento bien y porque mi fémur derecho, fracturado hace años en el accidente automovilístico de Texas, me permite, aunque sea con cierto dolor, caminar. Te doy las gracias por la edad madura que se me concede; por mis familiares que viven su vida en Italia o en otras partes. Te doy las gracias porque he logrado soportar, a fin de cuentas, la pesadumbre que provocó en mí la muerte de mi perro Oliver (en el accidente de Texas), y más tarde la de mi perro Fiorino, más natural debido a su edad, pero no menos dolorosa: dos seres insensatamente amados. Te doy las gracias por tantos y tantos pájaros en el jardín, por mi felicidad en verlos: por la nueva juventud de mi corazón al verlos. Te doy las gracias por los amigos con los que transcurren los días en armonía, y por la existencia de las asociaciones anti-viviseccionistas, y por los grupos de Alcohólicos Anónimos. Te doy las gracias por...

Pero aquí salgo por completo del caos mental de la noche, con sus sueños, y me invade una leve angustia. Todo «esto» por lo que doy gracias ¿cuánto durará?

Los diccionarios de la lengua castellana no recogen, que yo sepa, la palabra «*impermanencia*»; de todos modos ella existe inevitablemente en las fibras más íntimas de sus hablantes, como en las de los chinos o de los búlgaros. Nada dura. El antiguo rey mexicano Netzahualcóyotl poetizaba: «Sea de oro o de jade, se vuelve polvo». Hoy lo tenemos todo; mañana, nada. En una narración de Isaac Bashevis Singer, un anciano judío riquísimo cuenta su desgracia (también aquí cito de memoria): «*One minute I had a family, the next I was left bereft as Job*, (en un determinado instante tenía una familia, al siguiente me dejaron privado de todo, como Job). El trágico destino automovilístico, más cruel incluso que el hado griego, le quitó de golpe todo bien. A mí me quitó sólo, y no logro aún perdonármelo, ni perdonárselo a «alguien», a Oliver, un pobre perro de siete años: era, yo lo sentía así, lo máximo del amor. No sólo estamos expuestos noche y día, tanto los ricos como los pobres, tanto los jóvenes como los viejos, tanto los poderosos como los débiles, al espantoso riesgo del llamado azar; sino que hay también, y evidentemente es peor, la

certidumbre absoluta de que, en el mejor de los casos, nuestra transformación en cenizas, y la de aquellos a quienes amamos, es cuestión de tiempo: ¡acaecerá! Se engañan, pues, los diccionarios que no recogen la palabra, *impermanencia*». Me decía un prestigioso geriatra florentino, el doctor Antonini, que en este preciso momento no existe en nuestro planeta, salvo en la ciencia ficción, un ser humano que haya superado el umbral de los ciento quince años. Incluso si traspasamos esta casi loca meta extrema, ¿cuántos breves años nos quedan aún?

La palabra esencial del budismo es: impermanencia.

Los niños japoneses, o cualquier otro japonés que quiera acercarse más al budismo, aprenden lo que sigue:

«Un Buda aparece muy pocas veces en este mundo. Cuando aparece logra la Iluminación, predica el Dharma —(la ley, la doctrina)— corta la red de la duda, arranca la raíz del deseo carnal, detiene la fuente del mal y sin que nada lo estorbe, camina libre por el mundo. No hay nada superior a un Buda... »

Buda es un buen amigo para todos los hombres. Si encuentra a uno que sufre bajo el peso de las pasiones terrenales, extenderá la mano para aliviar su carga. Buda es el verdadero maestro...»

Como el ternero no se separa de su madre, así quien una vez ha oído *Las Enseñanzas de Buda* no se alejará de Él, porque escuchar a Buda es siempre una alegría...

“Buda es padre y madre de los hombres.”

Buda no sólo aparece ante los hombres como figura de un Buda; a veces aparece como el demonio que castiga, otras veces en forma de mujer, de dioses, reyes o políticos. Aparece también en una mancebía y en una casa de juegos...»

Así la Misericordia y la Compasión de Buda se derraman sobre las acciones de los hombres y sobre todas las cosas del mundo...»

Buda es el padre del mundo y el más santo de todos los santos. Los hombres son todos hijos de Buda...»

Cuanto precede viene de *La Enseñanza de Buda*, un manual que ha sido publicado en Tokyo en 1966 por Bukkyo Dendo Kyokai, fundación para la promoción del Budismo, y que puede ser citado libremente.

El ser no es ser; es devenir. Pero quizá ni siquiera la palabra «devenir» expresa perfectamente la idea, porque da la impresión de un ir hacia adelante, mientras que es probable que en la esfera en la que nos situamos no exista ni el antes ni el después. La ciencia actual, sobre todo la Física, estas cosas las sabe muy bien. Me aseguran que las grandes universidades japonesas mantenidas por budistas avanzan por el camino de la Ciencia con imperturbable tranquilidad. No les hace falta poner de rodillas a ningún Galileo Galilei, y menos aún quemar vivo a un Giordano Bruno.

Pero, a propósito de mi plegaria matutina (creo que eso es: una plegaria), cuando digo «*Te doy las gracias*» ¿a quién me dirijo? A un dios, imagino. A Dios, sí, mas ¿quién o qué cosa es «dios»? Cuanto más vivo, menos lo sé. Lo temo y hasta puedo, quizá, sentir que lo amo; pero es un enigma que para mí obstinadamente permanece tal. He leído millares de libros, he devorado bibliotecas enteras; mas por lo que respeta a Dios los resultados son cero. ¿No fue Renan quien en su vejez gemía: «He encanecido sobre los libros para descubrir que Dios no existe»? A mí ni siquiera

me queda tan amarga satisfacción: he descubierto tan sólo que continuar haciéndose preguntas es una pérdida de tiempo y casi es tonto. En el significado normal del verbo «existir», se podría aventurar que Dios «no existe» porque, si existe, Dios se encuentra definitivamente más allá del hecho de existir o no-existir.

Los lectores de los libros que he escrito y publicado saben que mi itinerario religioso ha sido largo y que sus etapas han brillado por agitación y carácter doloroso. *Le Tourment de Dieu*, (el Tormento de Dios) es el título de la versión francesa del ensayo autobiográfico que en México se tituló *He encontrado al Dios de Israel*: describe con apasionada intensidad (hoy la juzgo «demasiado» apasionada) el rellano del hebraísmo al que había llegado y en el que, ilusamente, pensé que permanecería hasta mi muerte y después. (Hablo de rellano o descansillo porque varias veces he comparado mi inquieto camino con subir las escaleras de un alto edificio en cuyo techo se encuentra, supuestamente, lo que llamamos Dios.) Tormento de Dios; pero debo apresurarme a añadir que no es mero tormento: al mismo tiempo es alegría exaltante, o por lo menos entusiasmo. La etimología de esta última palabra nos enseña que entusiasmo significa estar «dentro de Dios».

Como quiera que sea, a la edad que tengo me veo obligado a admitir que de Dios no sé nada: *imysterium magnum*, gran misterio más que nunca! Luego está el hecho, no menos inquietante por lo que a mí respecta, de que ni siquiera sé si creo o no creo. El verbo «creer» es un drama en sí. ¿Creo o no creo? Me declaro incapaz de responder. Y, si creo, ¿en qué o en quién creo? ¿En el dios de los filósofos? ¿En un Principio impersonal, un Brahmán no menos inconsistente que el vapor de las nubes? ¿O en el majestuoso pero cuán visceral e inexorable Señor bíblico? ¿O en el desconcertante Padre al que en el momento en que espiraba colgado de la cruz Jesús acusó de haberlo abandonado? ¿O creo en los innumerables “seres” que Tales de Mileto percibía en todo rincón? ¿O en las candidas y angélicas criaturas que veía Mahoma? ¿O en el dios solar Pan, que alegró obscuramente, aunque en el fulgente estío toscano, mi juventud? ¿O creo en los pequeños Espíritus familiares y cotidianos, favorables u hostiles, como se sienten en Brasil, venidos del tempestuoso torrente del —para mí—venerable animismo africano? ¿O en el adolescente y radiante con color de nube, como los hindúes dicen, Krishna que toca el pífano entre vacas alegres y pastorcillas extasiadas? ¿O creo más bien en el eternamente danzante Shiva, el Dionisos mediterráneo, el que protege a los animales, a los marginados, a los homosexuales? ¿O creo (por honestidad debo decir que en esto no creo mucho) en el burocrático Padre Eterno del papa Woytila: casi un super-senador democristiano? ¿En cuál dios o en cuáles dioses, admitiendo que crea, creo yo? ¿En cuál Nomen-Numen? ¿En quién de los incontables divinos Otros?

No sé. Sólo puedo responder con una pálida imitación del noble silencio búdico ante Las preguntas metafísicas...

Buda les tenía horror, ¡un santo horror!, a las preguntas metafísicas: en una India que hervía en la fiebre de formularlas, y darles respuesta, él las encontraba inútiles, y me atrevería a decir que lo irritaban.

Un día, un tal Malunkyaputta fue a verlo, lo saludó, se sentó junto a él y le dijo:

«Señor, cuando estaba solo en la meditación me vino este pensamiento: que existen problemas no explicados, hechos a un lado y refutados por el Beato. Estos

son: 1º, El universo ¿es eterno o 2º, no es eterno?; 3º El Universo ¿es finito o, 4º, es infinito?; 5º, El alma ¿es la misma cosa que el cuerpo o 6º, El alma ¿es una cosa y el cuerpo es otra cosa?; 7º, El Tathagata ¿existe después de la muerte (Tathagata puede significar "el que ha encontrado la Verdad" y es uno de los nombres que se daban al Buda histórico) o 8º, no existe después de la muerte o, 9º, existe y al mismo tiempo no existe después de la muerte o, Xº, es noexistente y al mismo tiempo no no-existente después de la muerte?

«Tales problemas, tú, el Beato, no los aclaras. Esto a mí no me gusta, no me complace. Iré pues con el Beato y le interrogaré a tal propósito. Si tú no me explicas, abandonaré la Orden. Si el Beato sabe que el Universo es eterno, que me lo explique; si el Beato sabe que el Universo no es eterno, que me lo diga. Si el Beato no sabe si el Universo es eterno o...» Etcétera.

Se trata de un ejemplo típico —curioso, enfadoso, textual— de las que Buda llamaba «preguntas inútiles», las privadas de respuesta. Esta vez, empero, el Beato no se encerró en su noble silencio, sino que se puso a hablar, casi como lo haría Sócrates un centenar de años después, para convencer al bueno de Malunkyaputta de la inutilidad de tanta inquietud metafísica. Comentando el episodio, el eminente monje budista srilankés Valpola Rahula, uno de los máximos conocedores actuales de la Doctrina en su forma Pequeño Vehículo, dice también textualmente:

«La respuesta de Buda a Malunkyaputta sería benéfica para los muchos millones de personas que, en el mundo de hoy, pierden un tiempo precioso en cuestiones metafísicas de tamaño género y turban inútilmente la paz de su propio espíritu...»

He aquí uno de los porqués, a la edad que tengo, y quizá al término definitivo de un extenuante itinerario religioso que me ha abrumado bajo una montaña de preguntas en efecto desprovistas de respuesta, yo he llegado a las puertas del budismo: la única «religión» de este planeta que no se ocupa ni preocupa ni de Dios ni de los infinitos arcanos que Lo envuelven. He entrecorrido la palabra Religión por cuanto que, a pesar de que así es considerada por unos quinientos millones de seres humanos, en verdad el budismo no es una religión: no predica a dios alguno, carece de dogmas, no tiene un clero, no concibe sacramentos, y no piensa siquiera —por lo menos el budismo original, el más antiguo— en la necesidad de Alguien que nos ayude a salvar nuestra alma. Pero sería injusto y también tonto afirmar, como hacen algunos, que Buda fue un negador de Dios, un vulgar ateo. Él expresamente no negó nunca un Principio Supremo, ni a Dios ni a los dioses; fue sólo, para decirlo según nuestra manera de hablar, un agnóstico: sostuvo y predicó la imposibilidad y la vanidad de la investigación metafísica (y mística). Hay en Buda un rechazo obstinado y calculado de la Metafísica. No es raro que en sus numerosos discursos o sermones aluda a los dioses venerados y a los conceptos teológicos vigentes en su tiempo: pero lo hace incidentalmente, de pasada, no para afirmarlos o confirmarlos, sino como formas del lenguaje o por la comodidad de la predicación. Mientras que casi toda la India, en particular la región nororiental donde él nació y vivió, estaba literalmente sacudida por la fiebre filosófica, en un clima casi neurótico de creencias, hipótesis, dudas, y ásperas tentativas prácticas, Buda introdujo no sólo ahí, sino en el pensamiento de todo el planeta, la idea trivial y singularísima que he expuesto

sucintamente: la de las preguntas o cuestiones inútiles, aquellas por las que es fútil atribularse pues no se tendrá jamás una respuesta cierta. Se llaman precisamente con esta palabra, «avyakatani», las sin-respuesta.

Lo que no es óbice para que advierta yo en Buda —aunque me estoy adelantando un poco— una pasión tan frenética como innegable que es difícil no llamar metafísica: la pasión por la suerte del alma. La cual es en él algo menos (¿o algo más?) que una obsesión. Y es tanto más paradójica, esta obsesión que incidió muy profundamente en su evangelio y en su misma vida, en cuanto a fin de cuentas no es nada seguro que Buda creyera en lo que se llama «alma». Segurísimamente no creyó en ella como creía la casi totalidad de los hindúes de su época. Pero aquí si me estoy adelantando demasiado.

Buda vivió hasta edad tardía, y siempre manifestó la pertinaz convicción de que detenerse en las sin-respuesta era perder el tiempo: horas, días, meses, años, que se podrían consagrar a ocupaciones mucho más provechosas. ¿A cuáles? A la compasión, karma, y a la benevolencia universal que son los fundamentos del budismo; lo que equivale a decir, indirectamente, a la «salvación» de la propia «alma». Salvación en sentido búdico, por supuesto, y alma igualmente en sentido búdico. Alma, en breve, que no es el ego, o el *yo*, con el que tan a menudo se la confunde, y ni siquiera el alma espiritual de los hinduistas en general, quienes creen que el alma es una partícula pequeñísima, infinitesimal, de energía divina anidada en el corazón de todo ser viviente para constituir allí la fuente de la conciencia. La idea budista es, por lo contrario, mucho más compleja y vaga; se han escrito decenas de millares de páginas sobre el alma cual la conciben (si es que la conciben) los budistas; no se olvide que una de sus tres palabras fundamentales es, lo hemos visto, «*anatta*», textualmente noalma. Sólo que tan desconcertante afirmación es preciso tomarla con sensatez. Creo que sobre este asunto habremos de volver varias veces; por ahora básteme citar lo que escribe un estudioso budista sinofrancés, François Houang, que resume la cuestión en las siguientes líneas:

«Para Buda, lo que nosotros llamamos ordinariamente el alma no es una entidad espiritual, un ser en sí, sino tan sólo un compuesto variable e *impermanente* de agregados (*skhandas*) que no se pueden descomponer; o sea, las formas corporales, las sensaciones, las percepciones, el impulso y el acto de la conciencia, de los cuales ninguno, tomado aisladamente, puede constituir la realidad del *yo*. El individuo tal como nosotros lo concebimos no es más que una corriente que se renueva sin fin y no sufre discontinuidades ni siquiera después de la muerte; pues las fuerzas naturales, espirituales y morales que, en su conjunto, constituyen el individuo, no pueden encontrar un fin inmediato, brusco...»

Por lo que respecta a la palabra, “salvación”, puesta también ella entre necesarias comillas, no es para los budistas la salvación a la que aspiran los cristianos: el disfrute de Dios en un paraíso. «Salvación» para toda la India, y en esto los budistas se hallan de acuerdo, en principio, con el conjunto de los hindúes, es, en primer lugar, salir, huir de la prisión del Espacio-Tiempo en que nos encontramos: el mundo fenoménico, las Formas mensurables, lo que se llama Maya, por excelencia la ilusión. En cierto sentido, y para resumir este acervo de ideas y doctrinas en una frase muy corta, «salvación» es evadirse de Lo-Que-No-Es. Empleando otra paradoja, podría también decirse que la Materia, o sea lo que a nosotros, en virtud de los sentidos que poseemos y a través de los cuales nos comunicamos con el exterior, se

nos antoja como la más indiscutible realidad, casi la única realidad, esta materia que se ve, se toca, se oye, se come, etcétera, es para los budistas, y aquí les adjuntamos el gran tronco del hinduismo del que el budismo brotó, la irrealidad máxima, el engaño más terrible al que estamos sometidos. Pido al lector que reflexione atentamente en lo que estoy diciendo. Si no ha entendido bien lo que me he esforzado por decirle en este párrafo, habrá malgastado su dinero al adquirir este libro.

Para ofrecer una prueba tangible de hasta qué punto el budismo, y también en su carácter de expresión del pensamiento hindú, está de acuerdo de manera desconcertante con los últimos descubrimientos e intuiciones de la ciencia actual, recurro al científico David Bohm, premio Nobel, y precisamente a su obra *Wholeness and the Implicate Order*, con registro autoral (copyright) de 1980. Me sería difícil resumir cuanto Bohm dice sobre el concepto de «medida», palabra que tiene la misma raíz indoeuropea que: metro, madre, materia, y sorprendentemente Maya, lo que no es. Sucede que el Oriente, a diferencia del Occidente, concibe como ilusorio, por falso, aquello que, porque se ve, puede ser medido. Resumo con palabras pobres una argumentación compleja y complicada, pero tan sorprendentemente irrefutable que se parece al caso de que delante de los ojos de un ciego se abriera de golpe su cortina de hierro. También los chinos, en su idioma, hablan de las Diez Mil Formas de las cuales está hecho el mundo sensible. A todas vistas, cada «forma» es tal por poseer su frontera, unos límites; porque puede ser medida. Ahora traduzco la áspera prosa de Bohm:

«...en Oriente la noción de medida no ha tenido, ni de lejos, un papel tan fundamental (como en Occidente). En las filosofías principales del Oriente, lo inconmensurable (por ejemplo, lo que no puede ser denominado, descrito, o comprendido mediante alguna especie de razón) es tenido por la realidad original. Por ejemplo en sánscrito (que es el origen común de todas las lenguas indoeuropeas) existe la palabra "matra" que significa "medida" en el sentido musical que evidentemente se aproxima mucho al griego métron. Pero hay otra palabra, maya, que tiene la misma raíz y que significa "ilusión". Mientras que para la sociedad occidental, dado que deriva de los griegos, la medida, con todo lo que representa esta palabra, es la esencia misma de la realidad, o al menos la clave de su esencia, en Oriente la medida ha llegado a ser considerada comúnmente, de una manera u otra, falsa y engañosa. En tal perspectiva, la estructura entera y el orden de formas, proporciones y "razones" que se presentan también a la percepción ordinaria y a la razón se consideran como una especie de velo que cubre la verdadera realidad, que no puede ser percibida por los sentidos y de la cual nada se puede ni decir ni pensar.»

Tan fundamental diferencia de óptica frente a la Medida ha provocado en Occidente el desarrollo de la ciencia y la tecnología, ambas dependientes de ella; por lo contrario en Oriente el interés se ha dirigido hacia la religión y la filosofía, con lo Inconmensurable ante los ojos...

Bohm formula la siguiente declaración que compromete a toda la Ciencia en la acepción tradicional y en la acepción modernísima de la palabra:

«Si se considera con cuidado la cuestión, se podrá advertir que, en cierto sentido, el Oriente ha tenido razón en ver la inconmensurabilidad como la realidad originaria...»

¿Se expresaría distintamente un lama tibetano?

Así que son preguntas o cuestiones «inútiles», sin respuesta, las lucubraciones sobre los Fines Últimos y sobre las relaciones entre lo Múltiple y lo Uno: la excitada filosofía que exaltaba y debilitaba a la India donde, bajado de sus misteriosos cielos, apareció Buda o más exactamente el último buda que conocemos: pues antes de él hubo otros. El príncipe majestuosamente sereno y tolerante que fue el Buda histórico, Sakyamuni, disimulaba mal un mohín de irritación cuando sus discípulos o interlocutores volvían, testarudos, sobre los llamados «puntos controvertidos sin resolver». Buda sentía que Dios, si existe, es en efecto más recóndito que aquel de quien se queja el hebreo Isaías: por lo que es fútil romperse las uñas y ensangrentarse los dedos contra la roca de tan inmovible «misteriosidad». (Otra palabra que, me temo, no se halla en los diccionarios.)

Aquí me veo impulsado, por un deber moral, a introducir un elemento muy personal que podría dar la impresión de desmentir lo anterior acerca de un eventual Dios «que se esconde». Tras haber llegado, por lo que respecta a las religiones teístas, al umbral en el que ahora me encuentro, y que no es una negación de Alguien ni de Algo, sino la simple admisión de un fracaso mío, no puedo ni debo olvidar que el enigmático Dios tan investigado por mí, y que jamás se me reveló, me ha favorecido, paradójicamente, con excepcionales beneficios que, en oposición a cuanto digo y repito sobre el Gran Misterio, pude tocar con mis manos: ilos milagros más concretos del mundo! Voy a relatar uno solo. Hace muchos años pedí insistentemente a Dios, en su precisa forma de Dios de Israel, que un ser humano al que yo amaba saliera del pozo de su infinita desgracia. Tan vasta ésta, tan violenta, que envolvía en intensidad espantosa el cuerpo, la mente, el alma de ese amigo. He hablado al respecto, y no poco, en mi libro *Hombres en Fuga*. Era una degradación que tenía el sabor de la muerte: de una muerte en la infamia. Entonces me dirigía Dios, a aquel Dios aparentemente tan recóndito del que se ha quejado una legión de altos espíritus durante miles de años de judeocristianismo. Hallábame esos años en mi etapa hebraica, y para suplicarle a «aquel» Dios más de cerca decidí ir a Tierra Santa, o estado de Israel si se prefiere. Fue allí donde formulé explícitamente mi petición; la expresé casi oficialmente, no sobre papel sellado, pero casi. ¡Quise que respecto a lo que solicitaba no quedaran dudas! Contra toda lógica, contra toda razón, contra todo juicio médico, contra toda esperanza, anoté lo que pedía y quería en dos pedazos de papel; el uno lo introduje en las grietas del Muro de las Lamentaciones, en el corazón sagrado de Jerusalén, el otro lo coloqué entre las abundantes pequeñas piedras que, a la manera hebraica, cubren la tumba del santo cabalista Isaac Luria, llamado IIAri, el león, en el cementerio galileo de Safed. Y en los siguientes días, de manera insistente y casi descortés, volvía a recitar la oración tradicional judía para los enfermos. La recitaba en español. «El que bendijo a nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, Moisés, David y Salomón, bendiga, conserve y proteja a todos nuestros hermanos que están enfermos, en particular a... (aquí, el nombre de la persona). Que el Rey del Universo los bendiga, les dé mérito, escuche sus plegarias y los inscriba para bien en el Libro de la Vida. Sea ésta la voluntad de Dios y digamos ¡Amén!» Tal es, por lo menos, el texto que ahora me devuelve la memoria.

Daba el nombre, el apellido del enfermo, y hasta su dirección con el propósito de que «aquel» Dios, tan único y exclusivo, no tuviera pretexto alguno para no escucharme, no atenderme. Esto podrá arrancar una sonrisa de burla, lo sé, mas

no me hacía sonreír a mí, y quizá no haría sonreír a ningún budista. Y, aunque hoy me sienta tan lejano, por lo menos en el tiempo, de aquel sitio de la larga y difícil escalera hacia el Techo, tampoco de manera alguna me hace sonreír ahora.

Pues bien: contra toda probabilidad estadística, contra toda afirmación médica documentada en electroencefalogramas y en docenas de análisis más, sin contar mi atroz experiencia cotidiana, el *Mysterium Magnum*, plena y totalmente, me otorgó «esa» gracia...

Por lo cual, ahora, ¿qué debería yo decir? ¿Que sería lógico, correcto, justo, que yo proclamara acaso que el Dios de Israel, «ese» Dios tan recóndito y de improviso tan luminosamente palmario en el milagro, es el Único Verdadero, y que cualquier otra denominación divina, o la ausencia de éstas, es falsedad y sacrilegio? Quizá, por agradecimiento, debería decirlo; pero no soy capaz de eso. Mi gratitud no vacila: es uno de los puntos sólidos de mi vida; pero ella no fuerza mi conciencia para anclarme obstinadamente en una determinada doctrina y quedarme muy tranquilo en su templado refugio hasta mi muerte. *God has many names*. Dios tiene muchos nombres, es el título de un libro de John Hick publicado hace algunos años en la ciudad de Filadelfia. Mucho tiempo antes de que la obra cayera en mis manos, yo había construido la misma concisa y perentoria frase; la había pensado, y la había escrito, y había llegado a ella por mí solo. Cuando, sobre una mesa de una biblioteca pública de Texas, descubrí el título de ese libro, tuve la estremecedora impresión de que lo había escrito yo. Cuanto más vivo, más me compenetro en la idea de que Dios lo es hasta tal grado todo que también puede ser su propia inexistencia!

Dios como suma de los inúmeros dioses que han sido propuestos en el transcurso de la evolución humana (y, casi con seguridad, lo serán aún); y hasta incluso, como extrema conclusión, ¿por que no? de un agresivo ateísmo. *God has many names*: Dios tiene tantos nombres que uno tiene el derecho de señalar, algún día, que se siente demasiado cansado para buscar más. Y yo padezco un cansancio extra: el que me provoca la idea de que adorar a un solo dios significaría excluir automáticamente a todos los demás (mejor dicho: a cualquier otro «aspecto» de lo Divino). Aspiro a ejercer el derecho de admitir Esto y Aquello al mismo tiempo sin que por tal aspiración espontánea del alma tenga que sentirme anatematizado o condenado al Infierno. Ni siquiera me importa que los dioses hacia los que el corazón me lleva sean contradictorios entre sí: lo Absoluto cancela toda contradicción. Todos mis dioses los siento, y los declaro igualmente verdaderos, igualmente presentes, igualmente lícitos y admisibles; y, a fin de cuentas, todos forman un Infinito, así como yo «soy» los pájaros que diviso al voltear la cabeza hacia la ventana del jardín, así me siento una partícula de todos los aspectos de lo Divino: una gota de agua en el océano. Opino que tal manera de sentir, y de pensar, resuelve los terribles dramas que suscita el adorar a un dios «solo», y ferozmente exclusivista.

Porque en este último caso —que es el de la cultura en la que hemos sido educados los de Occidente— ¿cómo explicar, por ejemplo, la omnipresencia del Mal, el famoso y nunca resuelto «dilema» que Lactancio y luego Hume atribuyeran a Epicuro? «Dios o bien quiere eliminar el mal y no puede; o bien puede y no quiere...» Hasta la amarga e implacable conclusión: «Si vult et potest, quod solum Deo convenit, unde ergo sunt mala? aut cur illa non tollit?» (Si quiere y puede, que es lo único que corresponde a Dios, ¿de dónde provienen los males? ¿O por qué no los

suprime?). ¡Cuántas lágrimas se han derramado sobre estas preguntas!

Así, pues, si bien no me puedo decir del todo budista, encuentro un reposo en el Noble Silencio búdico ante las Cuestiones o Preguntas Sin Respuesta; y, dado que ningún dogma búdico me impone a un determinado dios, ni me lo prohíbe, los acepto a todos. God has all the names!

En los *Doce Principios del Budismo* de la Buddhist Society fundada en 1924 por Christmas Humphreys en Inglaterra se lee: «El budismo no niega la existencia de Dios o del alma, aunque reviste a estas dos palabras de un significado peculiar suyo».

En cuanto a la «certidumbre» de la fe o creencia de Buda en Algo Más que pudiera tomarse como un equivalente de Dios (o de otra inaccesible deidad) —casi aquello que David Bohm llama lo Inconmensurable— suele citarse una célebre frase precisamente de Buda, que se encuentra también en versiones ligeramente distintas o más completas:

«Existe, O monjes, un No-nacido, No-devenido, No-formado; si no existiera este No-nacido, No-devenido, No-formado, no podría haber medio alguno de huir del nacimiento: del devenir. Pero, dado que existe este No-nacido, No-devenido, No-formado, existe un medio para huir del nacimiento»; etcétera.

En el manual de budismo práctico popular *La Enseñanza de Buda* publicado por la Bukkyo Dendo Kyokai se lee:

«Hay cinco cosas en la vida que no pueden ser logradas por ningún hombre: no envejecer teniendo un cuerpo que envejece; no enfermarse teniendo un cuerpo que se enferma; no morir siendo mortal; no destruirse siendo destructible; y no extinguirse siendo extingüible.»

Escribir una historia de Buda es difícil; y digo historia en el sentido de vida: una biografía del Beato, del Perfecto, del Sublime, del Despertado... Difícil no porque nos falten elementos históricos o legendarios que proporcionen material para escribirla; al contrario los elementos de que se puede echar mano son legión: ¡se naufraga en su abundancia! No, una de las principales razones de la dificultad a que aludo es que no se concibe una biografía de Buda en la que antes o después no deba arrostrarse el inmenso tema de su fruto: el budismo. Budismo en sus complejas y algunas veces sofisticadas doctrinas; que al mismo tiempo, paradójicamente, son tan simples que desconciertan. Budismo en su evolución histórica y en su difusión geográfica: tantas cosas frente a las cuales yo me siento extraño por no tener índole de autor de manuales o de atlas. Hablar de Buda, de su presencia histórica, y luego prescindir del budismo, es un absurdo; pero afrontar el tema del budismo equivale a meterse en un berenjenal. El budismo no es un mundo: es una galaxia, un universo, un cosmos, donde se va de lo infinitamente pequeño a lo infinitamente grande; de modo que un autor no sabe por dónde tomarlo: si usar el microscopio o el telescopio. Un ejemplo: el del cardenal Henri de Lubac, uno de los más eminentes pensadores (y instoriadores) del catolicismo de nuestra época, que ha querido «entender» el budismo de una forma u otra, y hoy es autor de dos gruesos tomos (algo menso de quinientas páginas cada uno), el primero titulado *Aspects du Bouddhisme* y el segundo *Bouddhisme et Occident*: hazaña como para llenar una vida entera. Incluso las más modestas bibliografías sobre el budismo dan dolor de cabeza. Tanto más

quanto que non existe «un» budismo: hay una infinidad de budismos. Bastaría con repasar el índice y luego la lista de las obras citadas por Michel Murre en su valiosísima obra *Les religions et les philosophies d'Asie*.

Muchos budismos, muchísimos, puesto que —como se ha dicho— el budismo no se fía de la ortodoxia. Más exactamente: el budismo carece del concepto de ortodoxia. Y hace bien, pues cuando se examinan las definiciones que nosotros en Occidente, dogmáticos por vocación, damos de la palabra «ortodoxia», hay para reír o llorar, según el temperamento de quien se trate. En uno de los diccionarios más difundidos y populares de la lengua italiana, el de Fernando Palazzi, se define «Ortodoxia» como «conformidad a las sanas doctrinas en materia religiosa». Queda por determinar, naturalmente, quién establece cuál doctrina es sana y cuál es enferma. ¿Acaso el pontífice romano? Si es así, se explica por qué Giordano Bruno fue quemado vivo por heterodoxo.

Existen muchísimos budismos y ninguno de ellos pretende tener la razón absoluta sobre los demás; punto final. El budismo en sus numerosas y siempre legítimas diferencias está salpicado de paradojas, lo cual es normal porque, en mucho mayor grado que religión (en el sentido occidental de la palabra), el budismo es una revolución de la mente. Por principio de cuentas, es un esfuerzo de clasificación que produce un escalofrío de admiración y, en algunos casos, de tedio. El budismo con sus categorías, especies, subespecies, etcétera, pone en orden el Universo. La primera vez que el lector coloca la mirada —es un tímido ejemplo— en las «doce causas por las cuales se perpetúa la vida y, por consecuencia, el dolor», no le nace un simple bostezo, sino el deseo de ir a encerrarse para siempre en un cualquier conventillo católico apostólico y romano. Pero hay impresiones y tentaciones falaces. El budismo es una abismal psicología del alma: del alma en la que no cree y sin embargo sí cree. Las paradojas, repito, pululan.

La primera división fundamental es entre budismo del Pequeño Vehículo y budismo del Gran Vehículo: evidentemente se trata del medio de transporte con que se alcanza la salvación, o el Nirvana, o como quiera llamársele. Pero, antes de que se formara el Gran Vehículo, el budismo del Pequeño Vehículo se había dividido entre el budismo llamado de los Antiguos y el budismo llamado de los Mayoritarios. Me limito a las denominaciones puras y simples, por el momento, para no complicar excesivamente el panorama y hacer que estas páginas sean legibles. Más tarde el budismo de los Antiguos se dividió en varias escuelas: por ejemplo la del Todo-Existe y la de los Partidarios-de-los-Textos-Sagrados. En cuanto al opulento budismo del Gran Vehículo, que es con mucho el predominante, si no el triunfante, encontramos la escuela de la Vía Mediana, o de la Vacuidad, y la escuela llamada del Nada-más-que-la-Conciencia; y sería apasionante, aunque en sumo grado laborioso, describir las disimilitudes.

Y también está el budismo del Vehículo del Diamante, que es el budismo del Gran Vehículo como se lo practica en el Tíbet y en Mongolia. Es difícil no considerarlo como uno de los más fascinantes, en primer lugar, por el legendario misterio del que estaba rodeado en la época de la clausura del Tíbet al mundo exterior; hoy, por la presencia de lamas esparcidos en todo el mundo tras la bárbara invasión china, y el conocimiento que por ende hemos obtenido de textos hasta ayer conocidos tan sólo por vagas referencias. Este budismo tibetano es un increíble cúmulo de rico

misticismo rebotante de imágenes, devociones, ritos, voces, prácticas, demonios... John Blofeld, uno de sus más ilustres conocedores y divulgadores, lo define como una forma de misticismo práctico que brinda técnicas para conseguir la sabiduría en la que el individuo ve por fin negado su propio yo ilusorio y penetra así en la felicidad de su ser divino. (Yo empero me creo con el derecho de expresar una duda: ¿se penetra en la felicidad de nuestro ser divino... o en la total Nada?)

Existen, desde luego, otros budismos: las escuelas chinas que pertenecen al Gran Vehículo y entre las cuales —las más importantes son cuatro— se halla la de la Tierra Pura, o amidismo, y la por muchos motivos altamente famosa llamada de la Meditación, o Tch'an; existen las escuelas japonesas, a las que podríamos dedicar todo cuanto resta por escribir de este libro, puesto que a pesar de su shintoísmo nativo, Japón es hoy el país budista número uno del planeta y es aquel de donde mana, en un clima de leve rivalidad con el budismo coreano, el budismo-zen que está invadiendo el Occidente. «Zen» proviene, y no sólo etimológicamente, del chino "tch'an", la escuela de la Meditación. Salvo el tantrismo, propio del budismo tibetano, se puede decir que todas las escuelas o sectas o doctrinas del budismo hallan su origen en la India; pero en la India hoy el budismo no se encuentra ya, dado que en el siglo séptimo de la era cristiana, por un conjunto de causas que quizá examinaremos después, se debilitó a tal grado que luego desapareció. ¿Enésima paradoja del budismo? Puede ser. El budismo del Pequeño Vehículo está sólidamente ligado con la isla de Ceilán, que actualmente constituye el estado de Sri Lanka. También se lo encuentra próspero y fuerte en Birmania, Camboya, Tailandia, Laos; con lo que se puede concluir, por el momento, esta modesta disertación sobre la multiplicidad de los budismos y su localización en el planeta. Los exponentes de tan abundante variedad no se han matado entre sí: no han pronunciado dogmas ni se han excomulgado recíprocamente. La «maitri», o benevolencia hacia todos los demás, es la matriz del budismo.

Siddarta Gotama nació hacia la mitad del siglo sexto antes del nacimiento de Jesús, probablemente en el año 563, en el parque de Lumbini cerca de la ciudad de Kapilavastu —hoy Padeira— al norte del distrito de Gorakpur, en la India noroccidental.

En el año 249 a.C. (?) el gran emperador Asoka, o Ashoka, una de las personalidades más extraordinarias que hayan honrado al planeta Tierra, hizo erigir una columna —encontrada en 1895 en Rummindei, en el Tarai nepalés— para perpetuar el recuerdo de su peregrinación al lugar del nacimiento de Buda. Lleva una inscripción en lengua magadhi y en caracteres brahmis en la que se conmemora la exención de impuestos concedida por el soberano al pueblo de Lumbini «pues aquí nació el Buda». Otros descubrimientos arqueológicos confirman el suceso.

Nació de familia principesca, perteneciente, por tanto, no a la casta brahmánica sino a la de los guerreros y gobernantes. Su clan era el de los Sakya, cuya capital se llamaba Kapilavastu, en la actual frontera entre la India y Nepal, y por eso es llamado Sakyamuni, el sabio de los Sakya.

Más tarde, bastante más tarde, fue llamado Buda, por el verbo sánscrito "budh" que significa: despertar. Rompió, en efecto, la red de la Ilusión, o Maya, la especie de sueño, o ensoñación, por la que se rige el Mundo Fenoménico, el espacio-tiempo que vemos y tocamos. Despertó, se suele decir, a la conciencia liberadora.

Para expresar el concepto con una frase sin duda apresurada, pero creo que suficientemente clara, recordaré que en la India no contaba, ni cuenta, tanto el Bien o Mal, como el Saber o NoSaber: vidya y avidya. Lo pone muy de relieve Giuseppe Tucci en su admirable libro sobre el Mandala: los hindúes jamás han concebido la vida como una lucha entre bien y mal, virtud y pecado, sino como una oposición entre la conciencia luminosa y el subconsciente que ellos llaman Maya; sólo que maya—preciso yo— no es únicamente el subconsciente (aquí Tucci hace suyo el psicologismo a ultranza del budismo tibetano), sino además todo aquello que en este Universo «mensurable» nos circunda: el Espacio y el Tiempo transformados en un casi inconcebible continuum de ondas electromagnéticas. Los hindúes de la época de Siddarta Gotama intuían estas cosas, y hasta cierto punto las sabían y las comprendían.

Buda no fue un dios ni recibió una iluminación de origen sobrenatural. Se convirtió en un buda, o sea despertó a la Realidad, con su propio esfuerzo y con la ayuda, desde luego, de sus maravillosas, innumerables reencarnaciones anteriores. El concepto de bodhisattva, o sea de una «conciencia» tan perfectamente sublimada, a través de millones de encarnaciones, hasta el punto de que por fin puede perderse en el todo (o en la nada) del Nirvana, pero que decide no «perderse» ahí porque tiene aún una misión que cumplir entre los seres encarnados, sintientes, y por ende sufrientes, este concepto es una de las ideas señeras del budismo del Gran Vehículo. El hijo del rey de los Sakya fue una Entidad Viviente, “que comprendió”. Comprendió —para adelantar con una corta frase el pensamiento complejo que habrá de encontrar su desarrollo en las presentes páginas— que la fuente de la vida en el espaciotiempo o Mundo Fenoménico, con la ingente tragedia que esto inevitablemente implica, es el deseo o, quizá mejor, la «sed» de ser. Tal pensamiento, tal descubrimiento, tiene resonancias aterradoras. Para decirlo con otras palabras, se le pide al ser, implícita si no explícitamente, ¡que ya no sea! El benévolo budismo de la sonrisa eterna, relativamente eternizado en miles de obras de arte esparcidas por las inmensas regiones del Asia sur oriental, es, digámoslo de una vez, lo más horrendo que haya concebido el espíritu humano.

Es justo, por consiguiente, recordar con una conocida expresión amarga e irónica que «el budismo no tiene leche para niños». No, no la tiene, y ni siquiera la tiene para nosotros los adultos. Y no puedo excluir que, llegado a este punto, algún lector se arrepienta de haber comenzado a leer el libro que tiene ante los ojos.

Un breve paréntesis para retomar y subrayar la idea de que Buda Sakyamuni no fue, según los budistas, el primer buda aparecido en esta remota provincia nuestra del Universo. El hinduismo, quizá se sepa, cultiva el concepto básico de avatara: Dios desciende a la tierra bajo formas y nombres diversos, siempre que se degradan aquí los principios de la espiritualidad. Existe una amplia teoría hinduista sobre los avataras, ¿o, en español, avatares?, que se distinguen en directos o indirectos, con otras especificaciones. Los budistas prefieren pensar que la era que nos tocó vivir, entre tantas reencarnaciones, debe considerarse favorecida, porque se ha beneficiado ya de cuatro budas, y porque dentro de un número de años no precisado descenderá un quinto buda cuyo nombre ya se conoce: Maitreya.

Prescindiendo del hecho de que se puede ser budista sin creer, como he

dicho, en Buda ni en los bardas, la vida del Buda histórico, el cuarto en orden de descenso a la tierra en esta era nuestra, se la conoce en sus mínimos pormenores a través de una venerable tradición, en parte legendaria, y por los textos en lengua pali que nos han llegado, los del Tipitaka: triple cesto, o canon. El nombre personal del Buda histórico es Siddhartha en sánscrito y Siddhatta en pali; su apellido, por así decirlo, es Gotama en pali y Gautama en sánscrito. En este libro donde no nos preocuparnos demasiado de las grafías, para hacerlas más aceptables a nuestros gustos, le llamaremos, rindiendo un homenaje al sánscrito y otro al pali, Siddarta Gotama. Como fue dicho en la nota preliminar, borraremos unas cuantas haches y nos olvidaremos de los un poco molestos signos diacríticos.

Este nacimiento histórico, indiscutiblemente real, ocurrió cerca de la actual frontera entre la India y el Nepal. El niño, como cualquier otro, tuvo padre y madre. El padre no era el poderoso rey del que a menudo se habla en las crónicas más optimistas (los hindúes tienden a la hipérbole), sino el príncipe de una pequeña república aristocrática, donde el aire era por supuesto muy bueno y donde se vivía bastante bien. Extendido a los pies del Himalaya, el país de los Sakya tenía quizá un millón de habitantes: una generosa tierra de arroz excelente y de animales domésticos. Y aquí no me sería demasiado difícil lanzarme a novelar, como hacen por ejemplo los dos autores de un libro titulado *The Way of Siddhartha, A Life of the Buddha* (el camino de Siddarta, una vida del Buda), David J. e Indrani Kalupahana. Pero rechazo la tentación: me atenderé a la razonable seriedad de la historia verdadera.

En el país de los Sakya florecían los comercios y los oficios artesanales, mientras que la alta sociedad, o clase dirigente, estaba formada por arios de piel clara. Parece que tener piel clara y mejillas de rosa era un regalo de los dioses o, más correctamente, fruto de un karma muy favorable. En la India de hace dos mil quinientos años, exactamente como en la actual, todo era, a la postre, karma o producto de karma. El karma —textualmente acción— es una de las dos grandes obsesiones hindúes. Karma significa que no hay causa sin efecto. Cualquier cosa que hagamos, aunque sea beber medio vaso de agua, o sólo pensar beberlo, produce karma: echa a andar una interminable serie de ondas, o de consecuencias, que se subsiguen casi ad infinitum con lo esperanza —lo que no es seguro— de que algún día desaparezcan al fin. En esta historia de Buda se hablará mucho de karma. Y la otra obsesión hindú es el reencarnarse. Prisionera del Mundo Fenoménico, o EspacioTiempo, o Mundo de las Apariencias, o cómo se quiera llamarlo, la entidad viviente —nuestra esencia, nuestra conciencia, el alma— no cesa de vagar por él, reencarnándose hoy en un cuerpo, mañana en otro, hasta el instante, casi inconcebible, en que logra escapar. Es la «liberación», dicen los hindúes, y los budistas emplean de inmediato la palabra Nirvana.

Hay que pensar que, según ciertas venerables opiniones del hinduismo, son ocho millones cuatrocientas mil las especies vivientes en las que un alma, eterna e increada, puede encarnarse. Pero cuidado: el alma según los hinduistas es bastante distinta del alma según los budistas. Definitivamente es otra cosa.

En suma, el problema de toda entidad viviente, y en especial de las que han sido favorecidas por el rarísimo privilegio de encontrarse en la piel de un ser humano, es dar con una puerta de salida: “via salutis” se la llama en Occidente; pero nosotros damos a la palabra “salvación” un significado cristiano: el Paraíso con visión beatífica

de Dios. Los hindúes, o más correctamente los hinduistas, sueñan poco con paraísos: saben que los paraísos, todos los paraísos, son pasajeros. Por admirables y deseables que sean, los “paraísos” no son mas que Mundos Materiales como éste en que vivimos: a veces infinitamente deliciosos, pero siempre transitorios porque prisioneros del Espacio Tiempo. El hombre occidental se va de espalda cuando por primera vez se encuentra frente a frente con tales conceptos; y se desconcierta aún cuando se entera de que —otro ejemplo sacado del budismo tibetano— también los dioses mueren: también ellos forman parte de las apariencias, al que la India en general designa con la gran palabra Maya y la casi igualmente gran palabra Samsara: el ciclo eterno de las reencarnaciones, la incesante migración de una existencia a otra, un fluir interminable que es una especie de sueño al que sólo puede poner fin el Nirvana. Visto con ojos orientales, el paraíso al que aspiramos los cristianos y, con mayor razón dada su sustancia materialista más densa, al que aspiran los musulmanes, estará regido implacablemente por ras características esenciales de cualquier “encarcelamiento” en el Espacio Tiempo: nacer, envejecer, morir. El dolor en el sentido lúdico no respeta a los paraísos.